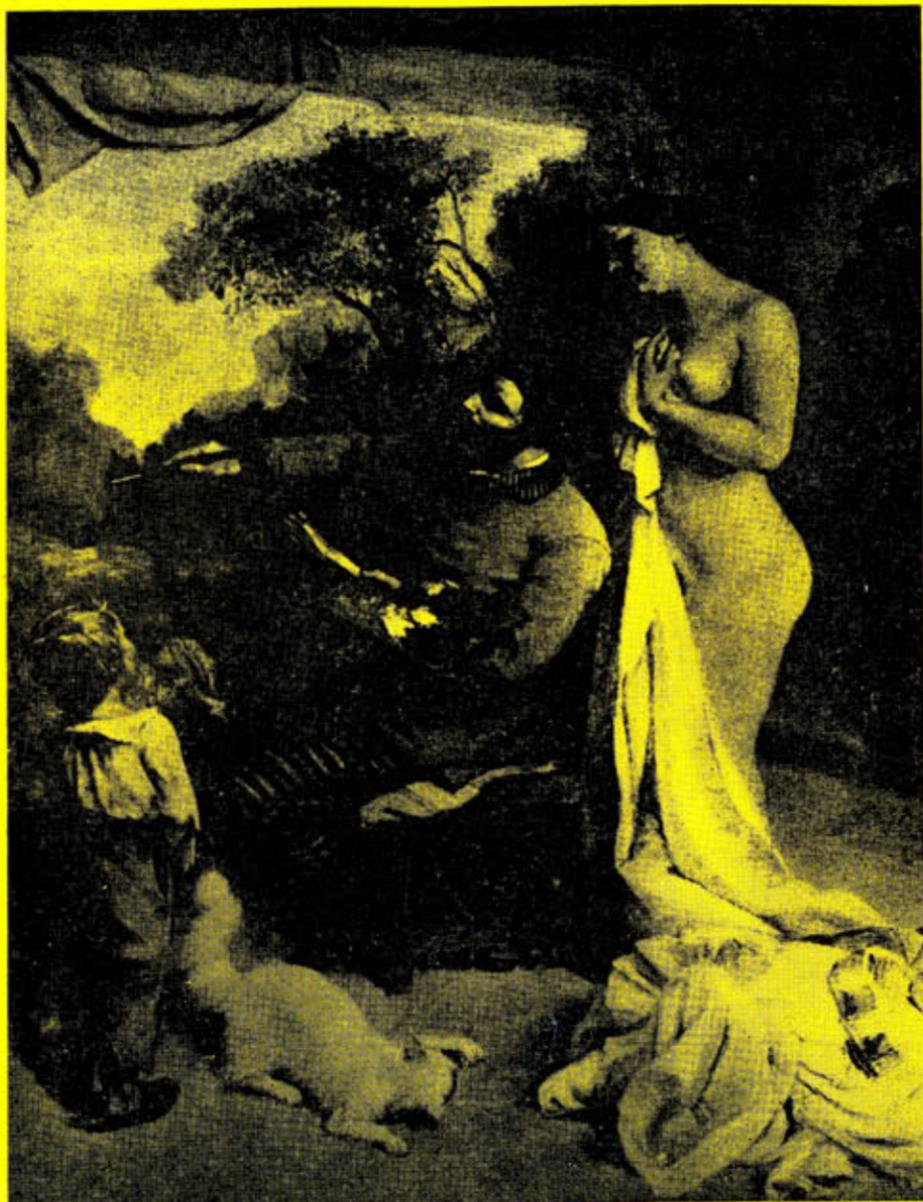


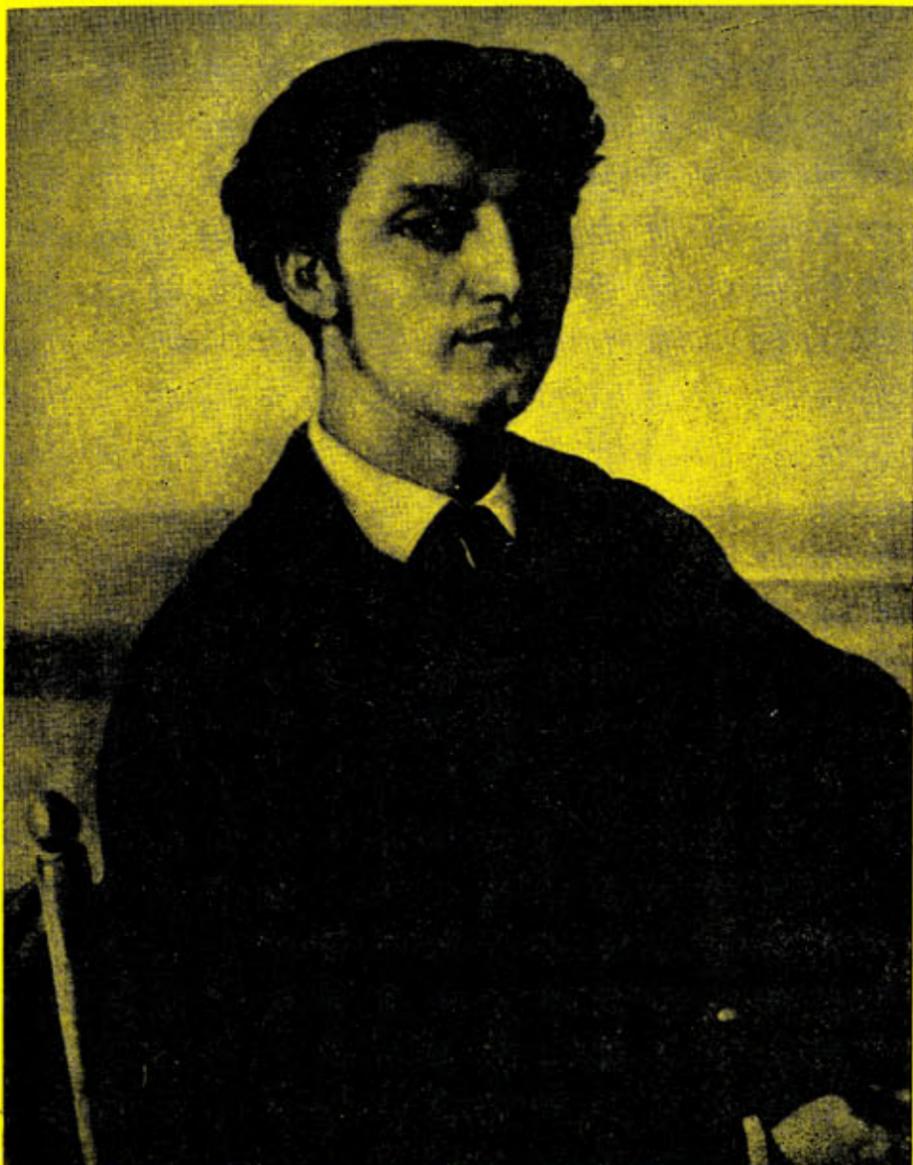
COURBET

Ceferino PALENCIA

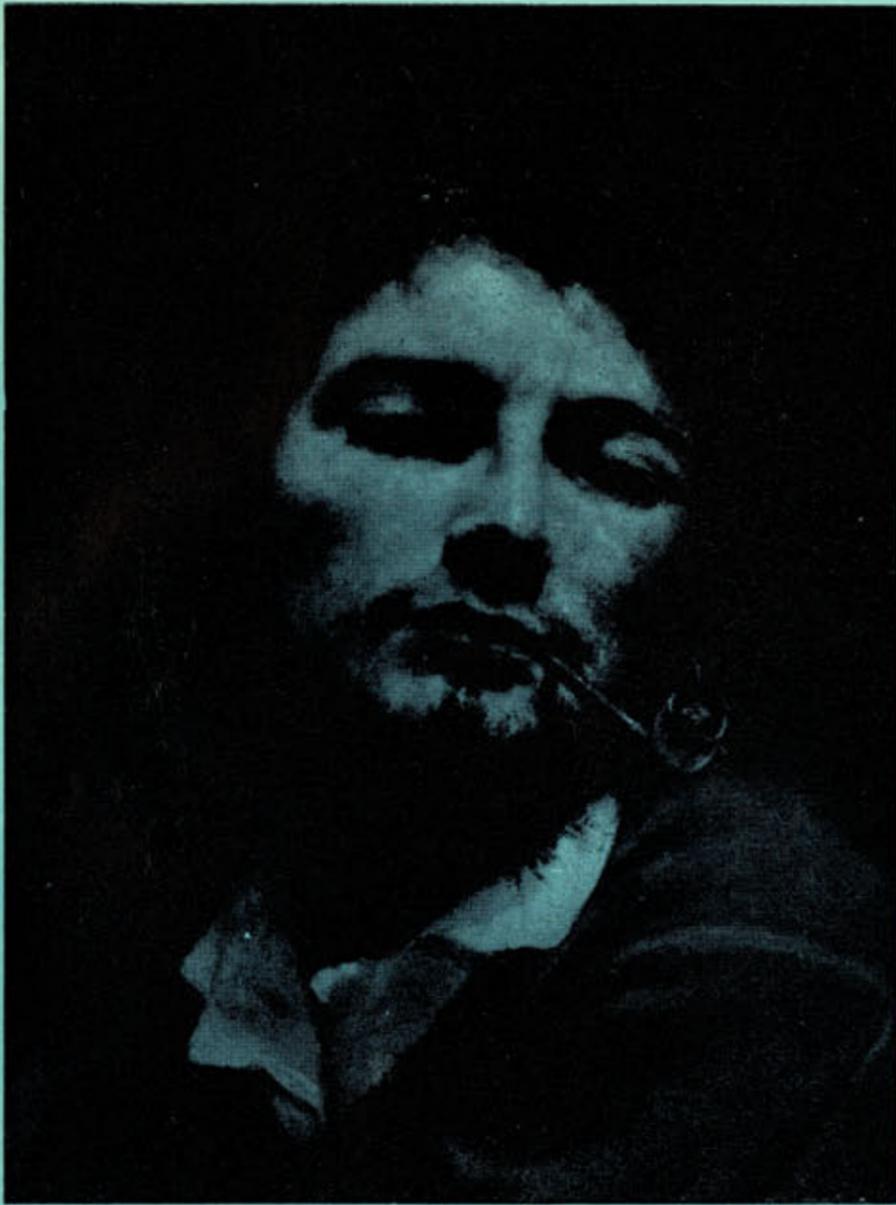


COURBET FUE el paladín de las nuevas ambiciones: una nueva estética

COURBET NO desmayó ante las persecuciones de los tradicionalistas del arte



El tiempo, que en definitiva es el mejor y más ecuánime juez, se ha fijado en esta ocasión en el gran maestro del realismo francés Juan Deseado Gustavo Courbet, nacido el 10 de junio de 1819, en Ornans, la antigua provincia del Franco Condado, y muerto el último día del 1877, en La Tour de Peitz, en las inmediaciones de Vevey, en Suiza. La vida de Courbet es un ejemplo de convencimiento de su arte y de franca protesta contra lo que se tenía entonces como inconvencible. A este artista de tan sincera actuación, los días en que laboró con toda energía no le fueron propicios ni mucho menos. Su existencia como profesional del arte fue agitada, por extremo combatida por la falange académica aferrada a lo caduco y por entonces vencedora en aquella batalla empeñada entre lo más tradicional y lo expuesto como punto de renovación y cambio. Ya luego de aquellos feroces encuentros y bien entrado el siglo XIX, Courbet fue considerado, al fin, como uno de los maestros de más consistencia, no sólo en la centuria decimonona francesa sino en el mundo entero de la plástica, que llegó a reconocer como meritísima su producción eminentemente realista. Pero la más alta consagración se ha producido en estas fechas concediéndosele en La Bienale de Venecia una serie de salas en las que Courbet aparecía en su más radiante esplendor ofreciéndose como un pintor de una consistencia, gravedad y concepto plástico superlativos. Afirman críticos de arte de tanta conciencia y doctrina como Juan de la Encina que Gustavo Courbet "tuvo por único galardón el haberse imbuido y hecho en el más puro de los clasicismos, ya que no tuvo más mentores e inspiradores de su arte que los pintores italianos, españoles, flamencos y holandeses". Con razón afirma el juzgador anteriormente mencionado que "a los que gritaban contra sus obras no se les ocurrió pasar por el Louvre para descubrir sus fuentes". Hijo de unos labradores hacendados, viose en un principio dominado por la autoridad paterna que pretendía dedicarle a las prácticas y ejercicio de las leyes, pero Courbet era un temperamento demasiado rebelde e independiente para dejarse someter a la voluntad y capricho de sus genitores. Desde sus años primeros y siendo aún un niño se mostró su inquebrantable decisión por dedicarse al arte pictórico y a tal profesión se dedicó poniendo en ello todas las potencias de su alma. Hombre poco dado a transigencias y convencionalismos, hizo de su arte la derivación concreta y exacta de su personalidad; la verdad sin artilugios ni falsas simulaciones o torcidas interpretaciones. Eran los días en que los residuos del neoclasicismo y los últimos destellos del romanticismo tenían a los públicos y aun a los mismos expertos hartos y deseosos de algo que no fuera aquella frialdad académica o aquella exageración y exaltación del mal del siglo. El realismo, pues, fue la tabla de salvación a la que se adhirieron cuantos pretendían una nueva visión para alcanzar una nueva emoción. Gustavo Courbet fue el paladín de aquellas ambiciones; le abonaba además y le garantizaba su intento, su natural enérgico de extrema violencia. Era temperamento dispuesto de continuo al encuentro y la trifulca. De primeras, se le rechazaron las obras que presentó en todos los salones o se le admitía un por puro temor o compromiso. Courbet vociferaba y trinaba contra tal injusticia perseverando en aquel *realismo* que consideraba como único medio de salvar al arte pictórico del marasmo en que había caído. En el año de 1848, fecha memorable en la historia de Francia, precisamente por la situación política ya imperante y después de negativas y opiniones opuestas, se le adquirió por el Estado su cuadro *Mediodía en Ornans*, con lo que así se proclamó oficialmente la licitud del *realismo*. En el año de 1850, se le compra su famosísimo lienzo *Un enterramiento en el cementerio de Ornans*, cuadro que levantó todo género de iras y protestas... Hoy, naturalmente, orlando las salas del Louvre. En su primera presentación, sin saber por qué, al cuadro se le tildó de *socialista*, cosa verdaderamente inexplicable como no fuera por la amistad y concomitancia ideológica que Courbet tenía con Prudhon, al que le hizo un espléndido retrato. No desfalleció Courbet por la insistencia con que fue perseguido por la gente tradicionalista en arte; no obstante los éxitos logrados ya por el artista de Ornans, seguían rechazándole en los salones, pero Courbet con su tesón y su inquebrantable voluntad continuaba cultivando su *realismo* que ya puede decirse que extraoficialmente estaba sancionado y admitido, no así, desde luego, en el medio



JUAN DESEADO GUSTAVO COURBET fue el maestro del realismo francés

LA VIDA Y la obra de este pintor son ejemplo de rebeldía en arte



oficial, de tal modo negado por este ambiente que en el año de 1855, Courbet, nuevamente rechazado, montó una barraca en la Avenida Montaigne y sobre la lona de aquel tenderete, el pintor fijó este cartel: *El Realismo. Gustavo Courbet. Exposición de cuarenta obras.* La nueva escuela fue abriéndose paso a fuerza de imposiciones y de realidades. Autoridad de tanto prestigio como el ya citado crítico Juan de la Encina ha dicho: "Fue desde luego el más potente de los pintores realistas de su época. Su misma estrechez de criterio, su decidida confianza en sí mismo y su obra, su fanatismo y sobre todo la sólida calidad pictórica de cuanto realizaba hicieron que se sobrepusiera a todos los demás. De ahí que fuera sin proponérselo maestro de las generaciones siguientes". Y así ha sido. Por esta vez, el crítico ha tenido facultad de don adivinatorio. En el fondo, esa es la misión del crítico: situar al artista en el futuro haciendo ver al gran público esa extraña cualidad que todo artista debe poseer. Pero en este caso, el juzgador acertó plenamente cual lo demuestra el que a través del tiempo y en estas fechas en que todo es confusión y duda en arte, Courbet ha sido reclamado por La Bienale de Venecia para concederle no sólo un sitio de honor sino, probable e insensiblemente, para que con su *realismo* ponga un poco de orden en todo el *maremagnum* que hoy se padece. Pero unámonos de nuevo al maestro Gustavo Courbet. Aquel hombre tan empeinado en sus convencimientos no cedió un solo punto en su ideología. A los ecos románticos y como románticos melifluos contestó con el más feroz de los realismos. En los desnudos femeninos, por ejemplo, no perdonó detalle sin llegar jamás a lo pornográfico, pero con sus *Doncellas a la orilla del Sena* provocó un verdadero escándalo. Las voces de protesta no son suficientes para acallar lo que él cree que debe ser la pintura y a continuación presenta en el Salón de 1855 su conocidísimo lienzo *El estudio taller del pintor*, en el que Courbet se nos representa junto a la modelo desnuda. Como los anteriores cuadros, esta tela también es rechazada... y, hoy, como *El entierro en Ornans*, figura nada menos que en las Salas del Estado en el Museo del Louvre. Ya al fin, en el año de 1866 y luego de una titánica lucha de años muy concordante hasta con su estructura física, pues no hay que olvidar que el artista presumía de fuerzas hercúleas, es admitido en el salón con su obra titulada *Mujer con un loro*. Courbet ha trabajado hasta llegar a esta imposición de la escuela en todos los géneros. El retrato, el paisaje, la escena de costumbres especialmente campesinas, la naturaleza muerta y lo animalístico y el mismo desnudo femenino, resuelta la integridad de la forma bellamente pero sin falsear el natural en el más leve pormenor. Sus impulsos y descomedidas acciones le llevaron a intervenir también en política, y en una revuelta en la que una facción derrumbó la Columna Vendome se le sorprendió mezclado entre aquellos revoltosos y por ello fue condenado a destierro a Suiza en donde entrüstecido, solo, preocupado por infinitos disgustos y dolencias físicas murió, como ya señalamos, en el año de 1877, en las inmediaciones de Vevey.

Gustavo Courbet puede ponerse como ejemplo de lo que es el convencimiento de un ideal en arte. Pleno de confianza y fe en su labor, sabía que más tarde o más temprano habría de imponerse valiéndose de ese *realismo* que él trocó en verdadera escuela pictórica.



UNA NUEVA escuela se abría paso



NUNCA CEDIÓ un punto en sus ideas

Pudo aún percibir su propia gloria



PUDO AÚN percibir su propia gloria